

Introducción

«En la manufactura, como en la ciencia, la producción de nuevos instrumentos es una extravagancia reservada para los momentos de crisis. El significado de las crisis consiste, exactamente, en el hecho de que indican que ha llegado la ocasión de renovar los instrumentos» (Kuhn, 1994, p. 105).

Sumario

A título de justificación general de la investigación y de la conformación de un cuadro básico de referencias, se intenta inicialmente establecer la importancia del tema «trabajo y calificación» para la teoría y la investigación sociológica. La sociología viene interrogándose sobre la persistencia del «trabajo» como categoría clave de sus concepciones, ante el agotamiento del llamado «paradigma de la sociedad del trabajo» y en razón de las transformaciones del fenómeno mismo.

Considerando esas alteraciones, se discuten las posibles dificultades de la investigación sociológica para elaborar un cuadro conceptual capaz de aprehender todas las facetas que exhibe la categoría «trabajo» en la sociedad moderna. En ésta el trabajo ya no se explica exclusivamente por sus aspectos tradicionales –formal, industrial, asalariado, masculino– en la medida que se vuelve fenómeno global, acompañando la propia globalización de la economía. Al mismo tiempo, por más que decline la ética convencional del trabajo en tanto «vocación», se reafirma su necesidad y su fuerza como base de la identidad social e individual.

La dificultad conceptual en el estudio del fenómeno «trabajo» se extiende a la calificación, que en general ocupa un segundo plano en la teoría sociológica, tradicionalmente centrada en la «descalificación».

Afrontada a las variaciones en el fenómeno «trabajo», que se asocia a la posible aparición de un nuevo paradigma técnico-económico, la sociología se halla ante el desafío de construir un cuadro de análisis que permita retomar una lectura sociológica del trabajo, de la calificación y del cambio tecnológico, en el ámbito de la empresa y de la sociedad. Es un desafío que se plantea no sólo a la teoría y a la investigación sociológica, sino a toda la sociedad, en la cual, aun cuando el «trabajo» haya perdido su fuerza estructuradora, todos somos aún «trabajadores» y, por más que la «ética del trabajo» esté declinando, sigue siendo válida la máxima paulina: «quien no trabaja no come».

Apuntando al proceso de cambio técnico-organizacional en la industria, la investigación trata de ofrecer una contribución al conocimiento de las transformaciones y de los nuevos entornos del trabajo y la calificación, así como de sus respectivas consecuencias sobre las empresas, sobre los trabajadores y en la sociedad en su conjunto.

El trabajo en cuestionamiento

La categoría trabajo, considerada clave para la sociología, ha sido atacado por cuestionamientos de base desde los años 70 y más intensamente a lo largo de los años 80. Si bien no es propósito de esta investigación dialogar con esos cuestionamientos, es preciso tomarlos en cuenta, toda vez que hablar de «calificación» conduce necesariamente, por una razón de afinidad conceptual, a hablar de «trabajo».

En la sociología del trabajo una de las principales fuentes de esas impugnaciones radica en la percepción de la llamada Escuela de Francfort acerca de la crisis de la sociedad moderna. Una sociedad de trabajadores, ésta, organizada por la fuerza paradigmática del trabajo, habría perdido su eje en la medida en que el propio trabajo se vació de significado y de fuerza estructuradora.

Este diagnóstico –sin duda bastante simplificado aquí– de la crisis de la «sociedad del trabajo», fue elaborado por Hannah Arendt (1983) en el estudio de la «condición humana» hacia fines de los años 50, y retomado por Habermas en la tesis del agotamiento de la utopía del trabajo a comienzos de los años 80 (1987).

El corolario de dicha hipótesis amplia, de agotamiento del paradigma de la sociedad del trabajo, es la descalificación del trabajo en sí como fenómeno social y, por ende, como objeto de interés sociológico.

En la misma línea, Offe (1989a,b) ha puesto frente a la sociología un cuestionamiento directo a la validez de la categoría «trabajo» como concepto clave de la disciplina. El punto de partida de su argumentación es la aparición y la primacía de la categoría «trabajo» en la sociología clásica:

«...las tradiciones clásicas de la sociología burguesa y de la sociología marxista comparten la visión de que el trabajo constituye el hecho sociológico fundamental: construyen la sociedad moderna y su dinámica central como una .sociedad del trabajo. (...) El modelo de una sociedad burguesa utilitaria, preocupada por el trabajo, movida por su racionalidad y sacudida por los conflictos laborales, constituye –pese a sus diferentes abordajes metodológicos y conclusiones teóricas– el punto central de las contribuciones de Marx, Weber y Durkheim» (Offe, 1989, p. 5).

Partiendo de esta premisa, Offe propone la tesis de la «implosión» en el concepto de trabajo, además de fracturas en el propio fenómeno, que llevarían a un cambio del «paradigma del trabajo» por el de la «comunicación» o de la «acción comunicadora», en la línea prevista por Arendt y Habermas. Para Offe son tantas las alteraciones en el concepto

y en el fenómeno «trabajo», que se hace incuestionable su relevancia sociológica como hecho social determinante, estructurador de la sociedad moderna.

Elabora su argumentación desde dos ángulos: por un lado, trata de registrar «fracturas en el trabajo asalariado, supuestamente unificado y formalizado» (Offe, 1989a, p. 10) y, por el otro, la «declinación de la ética del trabajo» en las economías avanzadas (ídem, p. 12). Destaca, de este modo, que las supuestas homogeneidad y coherencia internas de la categoría «trabajo» han sido quebrantadas por divisiones y diferenciaciones cada vez más destacables tales como:

- distinción entre mercado de trabajo primario y secundario, interno y externo;
- creciente importancia del llamado mercado informal;
- diferenciación interna en la propia categoría de trabajadores asalariados;
- avance de la terciarización, que lleva a un trabajo esencialmente «reflexivo», típico del sector servicios, que «procesa y mantiene el propio trabajo» (ibíd., p. 10), orientado por criterios de racionalidad distintos de los de producción de bienes, típica del trabajo industrial. Mientras éste se orienta por la lógica de la «producción eficiente» (realización, productividad, crecimiento), el trabajo en servicios asume la lógica del «mantenimiento efectivo del orden», dada su naturaleza mediadora, reguladora, ordenadora y normalizadora (ibíd., p. 11).

Aduce también que la «ética del trabajo» ha sido erosionada por factores tales como la degradación, la descalificación, el desempleo, que provocan que el hecho de trabajar deje de ser fuente de satisfacción y significado para la vida, por dos motivos: la creciente escasez de empleos y su contenido cada vez menos motivador, y los mecanismos del «Estado benefactor», que contribuyen a que la mayoría pueda sobrevivir –y aun vivir confortablemente– incluso sin trabajar (hablando, obviamente, de los países subdesarrollados).

No se pretende, a los fines de esta investigación, un enfrentamiento con todos los puntos de la argumentación de los autores citados. Sin embargo, para la indagación propuesta es pertinente establecer, desde el comienzo, la importancia de la categoría trabajo como objeto de investigación sociológica. En ese sentido, merecen ser discutidos dos asuntos:

- ¿el fenómeno «trabajo» ha dejado de tener interés para la sociología, o es la propia sociología la que ha tenido dificultades para aprehender y acompañar sus modificaciones?
- ¿perdió sentido el «trabajo», no sólo para la investigación sino también para la vida misma en la sociedad moderna?

La «sospecha» de que la sociología tiene alguna dificultad para tratar la categoría trabajo parte de la crítica de Arendt a la economía política clásica, en particular a Marx, por no haber podido manejar la distinción, que ella considera fundamental, entre dos elementos que junto con la «acción» definen la condición humana: «labor» y «trabajo». Más que un asunto semántico, esa distinción comprende, para la autora, elementos esenciales desde el punto de vista histórico y conceptual; a saber (Arendt, 1983, p. 90 y ss.):

- «labor», entendida como «trabajo de nuestro cuerpo», se realiza en la esfera privada, asociada a la necesidad de reproducción, al proceso biológico que asegura no sólo la supervivencia del individuo sino de la propia especie, como la de cualquier animal; tiene el carácter de proceso, sin comienzo ni final, que caracteriza al *homo laborans*,

- «trabajo», como «trabajo de nuestras manos», atañe a la esfera pública, y es mediante él que el hombre presta, con los artefactos que produce, cierta permanencia a la vida y al tiempo humanos, ambos esencialmente efímeros; opera como un ciclo –con comienzo, medio y fin– de producción de objetos, que indica la existencia del *homo faber*.

Según Arendt, la era moderna, si bien trajo aparejada la glorificación del «trabajo», no produjo una teoría única que lo distinguiera de la «labor», aunque haya provocado la diferenciación entre varios tipos de «trabajo»: manual-intelectual, calificado-no calificado, productivo-improductivo. La confusión, afirma, ha penetrado toda la economía política clásica, incluidos Karl Marx, Adam Smith y David Ricardo (ídem, p. 89 y ss.).

Conforme a la crítica de Arendt, Marx tiene una visión particularmente equivocada y contradictoria del «trabajo»: por un lado lo considera como una necesidad eterna, impuesta por la naturaleza (noción bastante afín a la «labor»); por otro, lo define como la actividad mediante la cual el hombre produce para sí mismo y hace la historia; es decir, como «trabajo» propiamente dicho.

Además, la visión marxista de la historia supone la abolición del trabajo por la revolución: para que el «reino de la necesidad» sea superado por el de la «libertad», el trabajo –«poder mayor y el más humano de todos»– dejaría de tener sentido (ibíd. p. 89 y ss.).

Esta crítica podría extenderse a la sociología, especialmente a las corrientes que tienen sus raíces en el pensamiento marxista. Ciencia de la modernidad, la sociología «nace» prácticamente con el «trabajo», o sea cuando la «labor» se integra a la esfera pública, en el proceso que determina la creación de la sociedad burguesa. En ese proceso la sociología elabora su referencial teórico-metodológico, es decir, sus «paradigmas» de aprehensión y análisis de los fenómenos sociales. A

medida que éstos asumen nuevas configuraciones, tenderían a escapar de tales paradigmas y, de ese modo, aparentemente a perder sentido para la investigación sociológica.

Aunque su objetivo sea cuestionar la persistencia de la categoría trabajo como clave para la sociología, Offe, en el fondo, termina dando en la misma tecla teórico-metodológica tocada por Arendt: al centrarse en el análisis y la interpretación del fenómeno «trabajo», la sociología quizá no se ha dado cuenta de sus transformaciones en el tiempo.

Una de las bases de los argumentos de Offe, como vimos, es la tesis de las fracturas en el trabajo industrial, formal, asalariado, que ha sido objeto central de la sociología y de la economía política clásica. Cabría, con todo, averiguar si tales «fracturas» se traducen en fenómenos sociales distintos por completo de algo que pueda ser «trabajo» o si, en la práctica, configuran modificaciones que no han podido ser acompañadas por la teoría y el referencial sociológico. Parafraseando al poeta, ¿no ocurrirá que «el trabajo pasó a la historia y sólo la sociología no lo vio?».

Atrapada por los paradigmas clásicos sobre el trabajo –industrial, obrero, asalariado, masculino, alienado y no calificador– la sociología parece haber empezado a tropezar a medida que ese fenómeno comienza a perder algunos rasgos tradicionales o que éstos dejan de ser tan precisos. Sin duda, como propone Offe, el trabajo ya no es el mismo. Pero ¿dejó de ser «trabajo»? Por haber cambiado ¿pasó a un segundo plano en la sociedad moderna?

Es difícil responder afirmativamente cuando se encara, como propone Ianni, la nueva dimensión «global» del trabajo, propia de este fin de siglo:

«Si aceptamos que el capitalismo se globalizó, no sólo por los desarrollos de la nueva dimensión internacional del trabajo, sino también por su penetración en las economías de los países que conformaban el mundo socialista, entonces es posible afirmar que el mundo del trabajo se volvió verdaderamente global» (Ianni, 1994, p. 2).

Este autor señala que en ese proceso de globalización el trabajo y el trabajador mismo pierden cada vez más su carácter individual, local, haciéndose «colectivos», por su dimensión y sus significados mundiales; los nuevos paradigmas de producción «flexible» también se extienden, «transformando el mundo en una fábrica global», en paralelo con la mundialización de la propia cultura, e involucrando modelos y valores políticos, religiosos y socioculturales (ídem, p. 10-11).

La globalización del trabajo no significa estandarización u homogeneización, puesto que en el seno de la «fábrica global» se

multiplican «*diversidades, desigualdades y tensiones, que comprenden raza, sexo y edad, mientras que determinaciones socioculturales atraviesan relaciones, procesos y estructuras*» (ibídem). Ello implica, no obstante, que todas las singularidades y particularidades del trabajo hallan significado en el ámbito de la sociedad global:

«la globalización del mundo abre otros horizontes sociales y mentales a individuos, grupos, clases y colectividades... Todo lo que sigue siendo local, provincial, nacional y regional... adquiere nuevos significados a partir de los horizontes abiertos por la aparición de la sociedad global» (ibíd., p. 2).

Desde ese enfoque, puede considerarse que, travestido con diferentes ropajes, de contornos no siempre bien definidos por las ciencias económicas y sociales, el trabajo continúa presente, si no como hecho «estructurador», sí por cierto como elemento orientador de la «condición humana».

A pesar de su diversidad, o quizás por eso mismo, el trabajo aún constituye una realidad indiscutible de lo cotidiano individual: «trabajo es vida» es una de las acepciones fundamentales de la categoría trabajo para la población. «Trabajador» es todavía una identificación social de alto significado, independientemente de la forma y del contenido del trabajo (Carleail, 1994; Goldstein, 1991; SENAI-SP, 1992).

Inclusive en los países desarrollados la cuestión del trabajo alcanza una nueva dimensión ante los signos cada vez más nítidos de agotamiento del «Estado benefactor» desde finales de los años 80 (Taylor, 1994). La crisis empieza a destruir la homogeneidad del mundo del trabajo desarrollado, obligándolo a convivir con diversas formas de inseguridad: en el mercado, en el empleo, en la contratación y en la representación (Mattoso, 1994).

El tema del desempleo, que anteriormente era un problema del Tercer Mundo, está en el orden del día, por ejemplo, del poderoso Grupo de los Siete, formado por los Estados Unidos, Japón, Alemania, Francia, Italia, Gran Bretaña y Canadá (OESP, 1994a-e). «Queremos empleo» es la consigna más reciente en las manifestaciones de jóvenes franceses e italianos (GM, 1994b).

Para países como Brasil, que tuvieron en el Estado populista la versión más cercana a un «Estado benefactor» tropical (Weffort, 1980), el asunto es aun más crucial. La crisis económica que persiste desde los años 80, sumada al avance del proceso de apertura política y de construcción de la democracia, replantea con el mayor énfasis la necesidad de trabajo para la supervivencia y para la propia conquista de

la ciudadanía. Un ejemplo en tal sentido es la «Acción de la Ciudadanía contra el Hambre y la Miseria y por la Vida», lanzada en febrero de 1993 bajo la coordinación de Hebert de Souza, popularmente conocido como «el sociólogo Betinho». Luego de una fase inicial de lucha para garantizar comida a quienes no consiguen trabajo, la campaña trata, a partir de comienzos de 1994, de alcanzar una nueva meta: la de conseguir empleo para garantizar no sólo comida, sino también dignidad.

«Ahora estamos ante un desafío mayor. No solamente distribuir comida, sino dar trabajo. Inventar empleos, integrar a todas las personas en actividades remuneradas. Con salario, cada uno puede empezar a ejercer mínimamente su ciudadanía. (...) Un país que excluye, que no se organiza para proporcionar trabajo, empleo e ingresos para todos sus habitantes, no es ético, es perverso.»
(Souza, 1994).

Movimientos como éste se multiplican en la comunidad. Por más polémicos que puedan ser, por más que escapen a los modelos usuales del debate ideológico, exaltan la relevancia de la «ética del trabajo» en la sociedad moderna. No es tanto una cuestión de «vocación», motor del capitalismo (Weber, 1967), sino de supervivencia y dignidad, base de los derechos ciudadanos.

Para la sociología, más que nunca, es importante tratar de aprehender la categoría trabajo tanto en su nueva dimensión «global» como en toda la diversidad y heterogeneidad que esa dimensión encierra o, como propone Hirata (1992, 1993), en su naturaleza «multidimensional». En este espacio de globalización y de cambio, la propia sociología puede revitalizarse a través de la construcción de nuevas referencias de investigación y análisis.

La calificación en el orden del día

Una de las referencias a revisar, en el campo de la sociología del trabajo, se relaciona con el concepto de calificación. Además de sufrir los reflejos de las contradicciones en el tratamiento de la propia categoría «trabajo», la calificación parece situarse como una especie de «pariente pobre» (y con pocos atractivos) en el cuadro referencial sociológico. La sociología del trabajo, por sus propias raíces clásicas, históricamente ha orientado sus focos hacia la «descalificación», esto es, transformaciones degradantes o alienantes del trabajo, en el proceso de constitución y expansión de la sociedad moderna. Los tratamientos sociológicos de la «calificación» se limitan, en gran parte, a las líneas de investigación

vinculadas con la formación profesional, descollantes en la sociología del trabajo francesa de los años 40 y 50. Friedman (1968), uno de los «padres de la disciplina», ha contribuido de modo destacable a la investigación empírica sobre calificación, aunque sin una gran elaboración teórica. Hecho comprensible, dado el contexto en el que hizo sus estudios y su propia trayectoria profesional.

Desde tal perspectiva se comprende su preocupación, no tanto por construir una teoría de la calificación o del trabajo, sino por encarar grandes temas de su época: los cambios en el trabajo asociados al progreso técnico y a las demandas sociales de la posguerra, cuando la reconstrucción de la economía de su país contenía la necesidad de incorporar al mercado jóvenes inexpertos y ex combatientes sin capacitación (Dadoy, 1987).

Aun así, con un tratamiento empírico, Friedman echó las bases de toda una corriente de análisis de la calificación, desarrollada por Naville y Touraine en los años 60. Desde esa perspectiva, la calificación aparece asociada a la idea de sistemas de trabajo, elaborada por Touraine (1973) a partir de su estudio sobre la introducción de las primeras máquinas «*transfer*» en las industrias Renault, en Francia, entre 1949 y 1955.

Desde entonces el tema empieza a merecer nuevos enfoques y amplio espacio en los estudios sobre el proceso de innovación tecnológica y sus reflejos sobre la organización y el trabajo.

¡El chip fue toda una conmoción! Las innovaciones y novedades con base microelectrónica llevaron a muchos sociólogos a usar cascos de seguridad para verificar *in loco* que estaba sucediendo en el «piso de la fábrica». Se produjo una variada cosecha de estudios teóricos y empíricos sobre los efectos de las llamadas «nuevas tecnologías» –o sea, de automatización microelectrónica– sobre la organización y el proceso del trabajo. Se produjeron reacciones de perplejidad y preocupación muy similares a las de Friedman, Naville y Touraine de mediados del siglo, un trío con el cual buena parte de la sociología del trabajo dialoga o polemiza a lo largo de los años 70.

En la primera oleada de esos estudios sobre procesos de trabajo, que puede situarse en la década de los 70 y comienzos de los años 80, el tono dominante era de denuncia y pesimismo. Con algunas variaciones, sus supuestos básicos, fundados en los paradigmas clásicos, eran los de la falta de neutralidad de las técnicas y/o el deterioro inevitable del trabajo en el proceso de evolución capitalista (BLPG, 1986; Braverman, 1981; Freyssenet, 1977).

Fruto de su tiempo, esa línea de estudios contribuyó a dar una nueva dimensión histórico-social a la investigación sobre el trabajo y la calificación, tratando de escapar tanto de un enfoque estrictamente

«político» como de una perspectiva «tecnicista» exclusiva, presentes en otras corrientes de estudios sobre el trabajo. No logró, sin embargo, fugar por completo del determinismo tecnológico presente en los «padres fundadores» de la sociología del trabajo.

Sus conclusiones caracterizaban a las «nuevas tecnologías» como una especie de «arma» que permitiría a los patrones-gerentes salir vencedores en su maniquea relación con los trabajadores. La automatización, en particular, sería capaz de garantizar un control cabal, plena degradación y hasta erradicación del trabajo en el proceso productivo. Sobre trabajadores descalificados y divididos, los patrones podrían, finalmente, reinar en paz (Gorz, 1982; Marglin, 1977).

Esta perspectiva comienza a modificarse en los años 80, con el avance y refinamiento conceptual de la investigación sobre innovación tecnológica, trabajo y calificación, registrados en países adelantados en materia de automatización industrial, como Alemania, Francia, Inglaterra, Italia y Japón. En esta segunda zafra de estudios, algunos autores, implícita o explícitamente, empiezan a admitir dificultades para confirmar los prometidos efectos catastróficos de las «nuevas tecnologías» sobre el empleo y la calificación. Algo tímidos al comienzo, sugieren la revisión de posiciones o de los rumbos de ese proceso (Freyssenet, 1984). Con el avance de la investigación, los más intrépidos llegan a anotar tendencias de revalorización, reprofesionalización o recalificación del trabajo en ocasión del cambio tecnológico (Kern y Schumann, 1984), interrogándose sobre las nuevas tendencias del proceso de la división capitalista del trabajo (idem, 1989).

El hecho es que, independientemente del determinismo que había caracterizado a la primera serie de estudios, los investigadores empezaron a advertir que trabajo y calificación son no solamente cuestiones de orden tecnológico. Aunque lejos de ser «neutral», la tecnología tampoco es todopoderosa. Descubren así que sus impactos no se agotan en simples relaciones de causa a efecto, sino que dependen de todo el tejido de relaciones sociales y de mercado, internas y externas a las empresas.

En esa trayectoria, desde los fundamentos creados por Friedman, Naville y Touraine, pasando por la fase de compromiso político-social, la investigación sobre trabajo y calificación –en particular en Francia pero con reflejos en otros países, Brasil incluido– enfrenta crecientemente la tarea de comprender la dinámica del trabajo y la calificación y también la de perfeccionar el aporte conceptual de estos temas.

Esta tarea es tanto más necesaria cuanto más dinámica es la realidad de la empresa, del mercado y del trabajo mismo. En un mundo crecientemente globalizado, el cambio tecnológico deja de ser un asunto técnico y se convierte, más que otra cosa, en un fenómeno político y

social. Los cambios en la organización del trabajo no se reducen ya a factores internos de las empresas y se sitúan claramente en la lógica de las relaciones económicas sectoriales, nacionales e internacionales. En el mundo de la «fabrica global», del trabajo y del trabajador «colectivos», hoy la investigación se ve ante el desafío de construir un cuadro de análisis que permita ampliar la lectura sociológica del trabajo y de la calificación, en su heterogeneidad y multidimensionalidad.¹

¿Un nuevo paradigma?

La búsqueda de nuevos modos de indagar la evolución del trabajo y de la calificación se ha asociado, en las recientes líneas de investigación, al debate sobre la aparición de un nuevo paradigma técnico-económico, que provocaría una profunda reestructura de las empresas e inclusive de la sociedad.

La discusión sobre el establecimiento de un nuevo paradigma, a su vez, toma cuerpo y espacio en el cuadro de la crisis de la economía mundial a partir de los años 70.

Transcurridas ya más de dos décadas, hoy resulta relativamente fácil advertir que los problemas fueron mucho más complejos que simples «conflictos petroleros»; éstos solamente señalaron –y, posiblemente, fueron un empujón más– el largo proceso de transición que se extiende hasta nuestros días. Según los especialistas, los cambios alcanzaron a los patrones monetarios, tecnológicos y de competencia en el mercado, y repercutieron por esas vías en los métodos de producción, en la administración y organización de las empresas, en las relaciones de trabajo y, directamente, en los perfiles de calificación (Fiori, 1993; Rattner, 1988b).

Es posible así localizar, desde mediados de los 70, distintas corrientes que discuten la tesis del agotamiento del «viejo» paradigma y el surgimiento de uno «nuevo», con una óptica ya de ruptura, ya de continuidad, ya de diversidad. La idea central en esos análisis es el agotamiento del «antiguo paradigma» que se tradujo, desde finales del siglo XIX, en una era de crecimiento económico basada en la industria, especialmente en la producción masiva rígida y uniformizada (Rattner, 1988c).

En realidad no existe consenso con respecto al «nuevo». Empero, prestando atención especial a las estrategias empresariales, los estudiosos prevén reestructuras acordes con la necesidad de ajustarse a las nuevas reglas de competencia internacional y al perfil de la demanda interna. «Calidad», «productividad», «competitividad», se convierten en palabras claves de la economía, sobre todo en el sector industrial.

¹ La dimensión de este fenómeno puede ser advertida a partir de la configuración de las corporaciones transnacionales, que abarca cerca de 37 mil empresas, con más de 200 mil filiales y 73 millones de trabajadores en todo el mundo, o sea casi 10 % de la mano de obra mundial no agrícola. Esa configuración plantea, según un estudio de la Confederación de las Naciones Unidas para el Comercio y el Desarrollo (UNCTAD), varios desafíos a gobiernos, sindicatos y trabajadores, entre ellos el de la calificación para el trabajo y la negociación en sistemas productivos integrados globalmente. (GM, 1994j).

Fundadas generalmente en esa teoría y en ese discurso, a menudo se presentan experiencias de reorganización o reingeniería de empresas y grupos. Buena parte de las «mayores y mejores» de Brasil presentan, con frecuencia, informes sobre cambios en sus pautas de organización y trabajo.

¿Hasta qué punto, no obstante, estas experiencias de las empresas líderes podrán generalizarse? ¿Podrá ser éste un indicio de que la empresa industrial se encamina hacia nuevos «modelos» productivos, real o potencialmente más exigentes en calificación? El «fordismo» o «taylorismo», de consolidarse como paradigmas en el contexto nacional ¿estarían en realidad al borde de la quiebra en tanto que arquetipos dominantes de organización industrial? ¿Estarán por fin abiertas las puertas a nuevos paradigmas de producción o de gestión del trabajo? ¿Cuál podrá ser el «diseño» de esos «modelos» en el caso de la industria brasileña, todavía caracterizada, según las evidencias disponibles, por un proceso de innovación tecnológica –«física» y «organizacional»– incipiente, superficial y difuso? ¿Cuáles son las consecuencias de ese cambio para las empresas, para los trabajadores y para la sociedad, especialmente en lo que respecta a trabajo y calificación?

Metodología: en busca de articulaciones

Examinar aquellos temas constituye el objetivo de esta tesis. Con fines de investigación y análisis, se organizan en tres partes:

- las tendencias del cambio técnico-organizacional en la industria, con miras a la posible configuración de un nuevo paradigma;
- los impactos de ese proceso sobre el trabajo y la calificación;
- las consecuencias de los cambios en las empresas, en los trabajadores y, por extensión, en la sociedad, en materia de formación para el trabajo.

La investigación, como punto de partida, asume la presunción de que trabajo y calificación son relevantes en cuanto objetos de investigación sociológica, en la medida que reflejan todo el proceso de globalización de la economía y de la sociedad moderna. Y que, en ese proceso, trabajo y calificación se convierten en fenómenos multidimensionales, con lo que desafían a la sociología a ampliar su enfoque empírico y conceptual clásico. Bajo esta orientación, trata de examinar, en la teoría y en la práctica, nuevas dimensiones de la calificación: «¿De qué estamos hablando?» o «¿Qué significa ser calificado?», tales son algunos de los temas considerados, con lo que esperamos contribuir a que los estudios acerca del trabajo y la calificación reciban el aporte de una revisión conceptual.

Con igual propósito, procuramos ampliar también el concepto de tecnología y de innovación. El cambio tecnológico es analizado no en un sentido puramente «físico» –como máquinas, equipos, sistemas– sino ante todo en el sentido de innovación organizacional, en lo referente a la administración del trabajo y del proceso de producción, lo que comprende materiales, máquinas y, sobre todo, personas.

La investigación intenta analizar estos temas e hipótesis con dos enfoques: cualitativo y cuantitativo. No se aspira a una generalización amplia e irrestricta de la investigación efectuada. Sin embargo, por lo menos se espera identificar algunas tendencias más generales en los procesos estudiados, que superen el estrecho margen de maniobra de los estudios de casos.

Los datos empíricos utilizados provienen en su mayor parte de indagaciones realizadas por el SENAI entre fines de los años 80 y comienzos de los 90, inclinadas, con mayor o menor alcance de sectores y muestras, al examen de las características de las innovaciones tecnológicas y sus efectos sobre el trabajo y la calificación (v. Anexo 1). De modo complementario se utilizan datos de fuentes secundarias, como la Relación Anual de Informaciones Sociales (RAIS), del Ministerio de Trabajo, además de estadísticas e indicadores, disponibles también en el SENAI.

El uso de datos de distintas fuentes, recogidos de diversas formas, expresa la intención de buscar una nueva postura metodológica en la investigación sobre trabajo y calificación, en la que el sociólogo tiene, cada vez más, que «navegar en procura de sus articulaciones», tratando de:

«recoger los discursos (sobre la calificación y todo lo demás) de quienes deciden y de los empleados; asumir el punto de vista de la organización y de los individuos; del empresariado y de los sindicatos; de los diplomas y de la experiencia y, aun más, plantearlos en relación con otros datos (estadísticos, etnográficos, audiovisuales). Respetar la lógica de los actores, pero también construir los conceptos, señalar los campos concernientes (formación, organización, negociación) y los sistemas de representación (competencias, saberes, identidades) y multiplicar las confrontaciones, los cruzamientos, las comparaciones. En suma: distanciarse de toda concepción establecida, para instalarse en los espacios inciertos, en las confluencias de las especialidades (trabajo, educación, relaciones profesionales) donde se manifiestan las articulaciones ocultas constitutivas de la calificación.» (Dubar, 1987, p. 13 - en francés en el original).

El desarrollo de la argumentación en torno a estas premisas se efectúa en seis capítulos agrupados en dos partes.

La primera, compuesta por dos capítulos, presenta una revisión bibliográfica sobre los dos puntos centrales de la tesis -trabajo y calificación- desde la perspectiva de un «nuevo paradigma técnico-económico». Sin pretender agotar la vasta y diversificada producción sobre el tema, se trata de una lectura sintética de sus grandes tendencias y una discusión de su alcance y sus límites conceptuales y metodológicos, tratando de encontrar el camino correcto de la investigación.

La segunda parte, que comprende cuatro capítulos, trata de analizar las manifestaciones concretas de las grandes tendencias apuntadas, con respecto a la organización productiva, al trabajo y a la calificación. En otras palabras, se trata de verificar si, cómo y hasta qué punto las tesis y discursos sobre un «nuevo paradigma» tienen lugar en la práctica de empresas.

Conforme a la distribución del presente trabajo, los principales temas examinados son las nuevas tendencias del cambio tecnológico en la industria, su posible orientación hacia nuevas formas de organización y gestión del trabajo, el perfil emergente de calificación y los efectos para el trabajador, en especial en lo referente a la formación profesional.

Por último hay una síntesis de dichas tendencias, con lo que se intenta identificar líneas generales que informen una política más amplia de educación para el trabajo, de modo que el rescate de la calificación se integre al proceso más amplio de construcción de la ciudadanía.